

HIPATIA DE ALEJANDRÍA

AYER Y HOY

*Por los derechos fundamentales de las mujeres
Por la igualdad de derechos entre hombres y mujeres*

Ángel Serrano

Alejandría

Hipatia siempre vivió en Alejandría; al menos no hay ninguna referencia de lo contrario. Ella triunfó y recibió su tributo, mal que les pesara a sus detractores, que acogieron su fama con escándalos, insultos y el martirio, en la ciudad que la vio nacer. Alejandría se había erigido en el 332 a. n. e., cuando Alejandro Magno conquistó Egipto, para tener un puerto en esa parte del Mediterráneo y, con el tiempo, se convirtió en una ciudad muy rica, centro pujante de la agricultura—el granero de los romanos— y emporio del comercio en las rutas a Oriente. y la filosofía, tras el declive de Atenas.

Alejandría era la tercera ciudad del Imperio romano por el número de habitantes, y la más admirada. Fue un centro político de primer orden: era a la vez residencia del prefecto y del comandante militar de Egipto, así como de otros altos funcionarios tanto imperiales como municipales, además de ser la sede de las Iglesias egipcia y libia. La sociedad alejandrina constituyó un universo cerrado, sólido, perfectamente constituido, acabado y circunscrito. En el delta del Nilo, desde el siglo III a. n. e., se levantaba la séptima maravilla del mundo, el Faro de Alejandría, que iluminó la ciudad desde el año 280 a. n. e. hasta el 1340 de nuestra era, cuando un terremoto lo derribó. Esta obra maestra de la ingeniería, construida por Sostratos de Cnido, fue referencia y protección para los navegantes durante casi 1500 años. Se trataba de un edificio de mármol blanco, reluciente, de unos 150 metros de altura, el más alto del mundo en su época, formado por tres grandes bloques unidos entre sí con plomo fundido. Gracias a un ingenio óptico, la llamada “piedra transparente” □ quizá una combinación de una lente y un espejo □, el faro multiplicaba la luz de la hoguera que ardía día y noche en su cima; su haz podía verse desde una distancia de 50 kilómetros y, según algunas versiones, cuando acechaban



Julia Margaret Cameron. *Hipatia*. Fotografía, 1867

barcos enemigos el rayo de luz se concentraba e incendiaba su velamen, logrando una protección absoluta del puerto y la ciudad.

El Museo y la Biblioteca Real, o Antigua Biblioteca, fue en su época el más grande del mundo. Fundado a principios del siglo III a. n. e. por los dos primeros Tolomeos □ Sóter y Fidelfo □ con el propósito de ayudar al mantenimiento de la civilización griega en el seno de la egipcia, este santuario acogía un pequeño zoológico, un laboratorio, jardines y una gran sala para reuniones. Las salas que se dedicaron a la biblioteca fueron las más importantes de esa magna obra. Eran diez las estancias dedicadas a la investigación, cada una de ellas consagrada a una disciplina diferente. Los redactores de la Biblioteca eran especialmente

conocidos y apreciados en Grecia por su trabajo sobre los textos de Homero, al tiempo que la diversidad de orígenes de los eruditos creó un ambiente propicio para convertir a la Biblioteca en un gran centro de investigación y aprendizaje. Algunos de esos eruditos ocuparon cargos de bibliotecarios o directores, entre ellos destacan sabios como Calímaco y Eratóstenes, ambos de Cirene; Aristófanes de Bizancio y Aristarco de Samotracia. Se calcula que las salas hasta ahora conocidas habrían podido acoger a unos cinco mil estudiantes. Para toda esa actividad de investigación y educación se invertían grandes esfuerzos en la adquisición de volúmenes. Tolomeo III escribió una misiva dirigida “A los soberanos de todo el mundo”, en la que les rogaba que le cedieran por un tiempo sus volúmenes, y se dice que Atenas les prestó los escritos de Eurípides, Sófocles y Esquilo, y que el faraón, en lugar de devolver los originales, mandó de regreso las copias, lo que parecía ser más una costumbre de los alejandrinos que un error del mandatario. Así se acumularon miles de manuscritos de todas procedencias, especialmente griegos, persas, indios, judíos, egipcios y de Oriente. Incluso, cuando arribaban buques foráneos, las

autoridades incautaban los libros que traían los extranjeros para copiarlos. La Biblioteca llegó a albergar 900 mil volúmenes, contando los 200 mil que Marco Antonio ofreció a Cleopatra para conquistarla, traídos de la Biblioteca de Pérgamo, que trataban desde el arte de gobernar hasta las ciencias griegas y babilónicas.

Se dice que en la Biblioteca de Alejandría estaban depositadas las obras más importantes e irremplazables de la cultura, como los tres volúmenes de *Historia del mundo*, cuya autoría se atribuye a Beroso, un sacerdote babilónico, quien narra en el primer volumen desde la creación hasta el diluvio bíblico, un período que, según él, había durado 432 mil años, es decir, cien veces más que la cronología que se cita en el Génesis. También se sabe que allí estaban encomendadas más de cien obras de Sófocles, de las que, desafortunadamente, sólo siete han perdurado hasta nuestros días. La destrucción de la Biblioteca de Alejandría es uno de los temas polémicos de la civilización de Occidente, atribuyéndose por igual a romanos, a egipcios cristianos o a egipcios musulmanes. Es probable que la Biblioteca original de los Tolomeos fuera destruida en alguna de las revueltas interreligiosas, quedando tan sólo parte de su contenido —unos 40 mil rollos— custodiados en una sede secundaria ubicada en el complejo del Serapeo, templo dedicado al dios Serapis, patrón de la ciudad, la cual fue asaltada y destruida posteriormente por Teófilo, tras el saqueo a la ciudad en el año 391. Algunos historiadores afirman que la Biblioteca del Serapeo fue saqueada y desperdigada por la ciudad, o destruida; sin embargo, no hay fuentes directas que se refieran a ello. Es Sócrates Escolástico quien proporciona algún dato en el Libro V de su *Historia ecclesiastica*, escrita cerca del año 440.

Independientemente de las culpas, sean de cristianos o de musulmanes, el fin de la Biblioteca del Serapeo debe situarse en algún momento del siglo III o del IV de la era común, cuando el emperador Aureliano tomó y saqueó la ciudad (año 273). Todo lo que se sabe en la actualidad acerca de la Biblioteca se debe a algunas referencias de escritores, pero no hay nada dedicado exclusivamente a comentar o describir el edificio o la vida que se desarrollaba en ella.

Además de estas dos maravillas, Alejandría contaba con templos paganos, iglesias, sinagogas, círculos filosóficos y teológicos de las varias religiones ahí practicadas, escuelas de matemáticas, medicina y astronomía, centros catequistas y rabínicos, todo lo cual constituyó un conjunto bien estructurado que satisfacía las necesidades culturales y espirituales de los pobladores. No es de extrañar así que este centro cultural fuera vivero de científicos y sabios alejandrinos y de otras partes del Imperio y, además, ejerciera gran atracción hacia hombres de ciencia e intelectuales de todo el mundo entonces conocido, especialmente griegos, egipcios, libios, sirios y del Oriente, incluidas India, Tibet y China, que venían para aprender y cultivar sus especialidades; y también para discutir, porque Alejandría era una ciudad que había recogido la herencia de Grecia y amaba el diálogo y la polémica, así como había puesto los cimientos de la ciencia antigua. Aquí, Euclides elaboró la

A Hipatia le tocó vivir en los años convulsos próximos al final del Imperio romano, pero esto no mermó su interés en el saber ni su curiosidad científica y su vocación para la investigación de los temas profundos

primera geometría y Tolomeo, la astronomía; Eratóstenes había calculado con precisión el diámetro de la Tierra, y Aristarco de Samos avanzó en la concepción de que la Tierra giraba alrededor del Sol, casi 1 800 años antes de que Copérnico lo publicara o que Giordano Bruno fuera asado en la hoguera de la Inquisición por afirmar, entre otras cosas, que las teorías de Tolomeo estaban erradas y que Copérnico decía la verdad (o que Galileo se viese obligado a decir “*e pur si mouve*”, y reconociera, muy por lo bajo para no correr la suerte de Bruno, que la Tierra es un satélite del Sol). Todo esto por no mencionar el trabajo de otros alejandrinos de cuna o adopción, como el célebre Arquímedes de Siracusa, Dionisio Thrax, considerado como el padre de la gramática, o Teón, padre de Hipatia, célebre no tanto por su hija sino por sus comentarios al *Almagesto*, donde Tolomeo presentó la descripción de las 48 constelaciones clásicas y creó un refinado sistema para explicar los movimientos aparentes de los planetas en un sistema geocéntrico en el que el Sol, la Luna y los planetas giraban alrededor de la Tierra en círculos epicíclicos; y sus propios estudios de Teón, de matemáticas y astronomía, en los que, ahora se sabe, participó Hipatia.

Sólo un lugar tan privilegiado como éste pudo hacer posible la aparición de un personaje tan singular y excepcional como Hipatia, la célebre sabia de Alejandría, que, a pesar de la marginación que sufrían las mujeres, dirigió la intelectualidad de su tiempo e investigó en el campo de las matemáticas, la astronomía, la filosofía y otras ciencias.

Hipatia, la hija de Teón

Hipatia fue una mujer famosa en su época y ha quedado como leyenda en la memoria de la gente de Oriente; en cambio, en Occidente, su figura desapareció durante siglos casi por completo, al igual que su obra, hasta que algunos escritores del siglo XVIII, unos de la Ilustración y otros menos ilustrados —Edward Gibbon, John Toland, Voltaire y Charles Kingsley, entre otros— la rescataron del negro pozo del olvido y trataron de recobrar lo más posible de su obra y su personalidad. De ésta crearon un hermoso *collage* que ha llegado hasta nuestros días; respecto de la obra, fracasaron todos los esfuerzos. En sus empeños, algunos le dieron a su vida toques novelescos, mientras que otros, como Voltaire, la convirtieron en abanderada contra el fanatismo, principalmente religioso, pero sin olvidar los demás fundamentalismos; o en representante privilegiada de la filosofía neoplatónica y hasta paladina del feminismo. Sin duda, fue todo esto junto y más, pero descubrir a la verdadera Hipatia en medio de ese rompecabezas es una ardua tarea para sus biógrafos, ya que apenas si existen documentos que hablen

de ella, y su muerte a manos de una turba fanatizada por el patriarca (san) Cirilo es lo único que dejaron testimoniado varios escritores cercanos a su tiempo, como Sócrates Escolástico y Dioscelano, cada uno con sus propios sesgos y limitaciones. Más aún, ni siquiera existen ya, al menos bajo el nombre de Hipatia, las obras que ella debió escribir, aunque hay sospechas fundadas de que existen escritos suyos con la firma de otros autores.

Por lo que se sabe, Hipatia nació y creció en Alejandría, en el seno de una familia destacada en las ciencias, gracias a su padre, Teón. Su fecha de nacimiento todavía es motivo de controversia entre sus biógrafos —unos señalan el 370 del calendario común, mientras que otros, los más, lo adelantan hasta el 355—, pero sí se sabe con certeza el mes y el año de su muerte: marzo de 415. Si se da por cierta esta fecha, tenía unos sesenta años cuando fue asesinada.

Teón, su padre, hombre de gran prestigio por su sabiduría, era versado en matemáticas y astronomía, así como en las revelaciones de Hermes y Orfeo, y era apasionado del esoterismo, la astrología y la magia, de los que bebían no pocos científicos de renombre, menos preocupados que ahora por una racionalidad poco razonable. Lo más grandioso que se podía contemplar del cielo en ese entonces era el movimiento de las siete esferas conocidas que giraban junto a la Tierra: el Sol, la Luna, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno. Él era profesor en el Museo, del que, al parecer, fue su último director. Teón amaba los números y tenía una mente científica, fue discípulo de Pappus de Alejandría, matemático eminente, escribió comentarios a los *Elementos* de Euclides y a la gran sintaxis matemática de Tolomeo, llamada *Colección matemática* (luego los árabes la bautizaron como *Almagesto*). Ésta, su obra principal, escrita hacia el año 340, reviste particular importancia desde el punto de vista histórico porque, además de ser una exposición completa y sistemática de los conocimientos de su época, recoge fragmentos, a veces íntegros, de las obras que constituían los fundamentos de la enseñanza de las matemáticas en Alejandría, hoy en parte perdidas. La *Colección*, compuesta por ocho libros, casi todos conservados, excepto el primero y parte del segundo, contiene una serie de problemas que introducen nociones geométricas importantes, como el foco de una parábola o la directriz de una cónica (con los que, años después, Hipatia lograría discernir que la órbita de los planetas de nuestro sistema solar es elíptica, adelantándose a Kepler 1 200 años), así como enunciados a muchos teoremas, como el que expresa la superficie y el volumen de las figuras en revolución.

Hipatia creció así en un ambiente familiar de gran sabiduría. La casa del padre era lugar de cita de académicos, profesores, alumnos y científicos colegas. De su madre nada se sabe, así de marginadas estaban las mujeres. En ese ambiente la niña aprendió las primeras letras y números, y más tarde captaría los conceptos aritméticos, las bases de la geometría, la geografía, la aparición de los astros en el firmamento y observaría por la noche, en el estrellado cielo alejandrino, con su padre y sus instrumentos —como el astrolabio—, el curso de estrellas y galaxias por la cúpula celestial. Posiblemente, el padre también la orientó para que aprendiera las especialidades de otros

Hipatia tuvo a su alcance para destacar todo tipo de medios, como los hubiera tenido un hombre, lo que le permitió desarrollar su intelecto y convertirse en una científica de sólida preparación

profesores del Museo y la Biblioteca. Se dice que Teón pronto quedó eclipsado por las capacidades de su hija y que ésta lo superó en conocimientos, al grado que, según algunas fuentes, Hipatia escribió algunos de los comentarios atribuidos a Teón en el *Almagesto* de Tolomeo, en particular el del Libro III; y la describen en su calidad de colaboradora de Teón como superior en talento. Los historiadores, como Sócrates Escolástico, la elogian también por sus logros como humanista.

¿Cómo sería Hipatia, la joven y la mujer, su carácter y su aspecto físico? Podemos imaginarla con ayuda de las descripciones que nos han legado algunos escritores. De ella dice Sinesio, su discípulo, que era bella, bien formada y muy atractiva por sus cualidades físicas e intelectuales, y también por su personalidad. Otros, como Sócrates Escolástico, afirman lo mismo incluso cuando ya no era joven, sino de edad madura, cercano el momento de su asesinato.

Figura destacada en la ciudad por su condición de erudita, de mujer hermosa hasta en la madurez, Hipatia se mueve libremente por Alejandría en su carruaje, con el manto blanco característico de los filósofos —el negro lo utilizaban, como ahora, los sacerdotes—, frecuenta instituciones públicas y científicas en donde inspira respeto y provoca controversia. Testigo de muchos de los sucesos de Alejandría, conoce los problemas vitales de la ciudad, de la que es residente muy estimada, visita a los principales funcionarios del Imperio y municipales, como Orestes, quien además de prefecto era su discípulo y, sin proponérselo, llegará a ser figura principal en su asesinato, como luego veremos. También, por su prestigio, llegará a ser objeto de indignación, agresión y degradación. Además de sus excepcionales dotes personales, Hipatia, nombre que significa “la más grande”, tuvo a su alcance para destacar todo tipo de medios, como los hubiera tenido un hombre, y los utilizó, lo que le permitió desarrollar su intelecto y convertirse en una científica de sólida preparación. Podemos imaginarla asistiendo a sesiones y conferencias científicas, escuchando atentamente primero y afinando su dialéctica después para debatir con los científicos; esgrimiendo sus argumentos sobre los acontecimientos del día, los conflictos alejandrinos cada vez más violentos por causa de Cirilo y su ansia de poder; o el debate de filosofía, astronomía y matemáticas con otros jóvenes y profesores de su escuela o de la Biblioteca. Acaso discutiría con ellos sobre los malos tiempos que corrían para los neoplatónicos, los helenistas, los judíos, y, en fin, para todos los que no fueran cristianos partidarios de Cirilo y su ambición política. También polemizaría sobre la eterna cuestión geométrica de la cuadratura del círculo, los últimos artilugios mecánicos o la fabricación más eficaz de los astrolabios para

conocer los parámetros de los astros. Asimismo, la podemos imaginar estudiando los rollos de papiro de matemáticas, física, astronomía, filosofía y demás ciencias, como geografía, gramática, etcétera.

A Hipatia le tocó vivir en esos años convulsos próximos al final del Imperio romano, pero esto no mermó su interés en el saber ni su curiosidad científica y su vocación para la investigación de los temas más profundos, como tampoco la incentivó a participar en los estertores imperiales. Uno de sus biógrafos, Damascio, escribe que Hipatia “superó en inteligencia a su padre y no estaba satisfecha con la instrucción en cuestiones matemáticas, también se dedicó diligentemente a todos los asuntos de la filosofía”. Y añade que, sin embargo, era por encima de todo una importante matemática y astrónoma, no tanto una filósofa, lo que menciona como si fuera un desdoro para ella. Pero Hipatia, al contrario de lo que afirma Damascio, abrevó de los grandes pensadores que habían vivido antes en Alejandría y también se preguntó por el misterio del ser humano y su existencia, lo que la llevó al cultivo de la filosofía, especialmente la de Pitágoras, como reflexión trascendental, al tiempo que profundizaba en las matemáticas y buscaba respuestas en el cosmos. Durante unos veinte años ejerció como profesora de filosofía, matemáticas y astronomía, consiguiendo superar el prestigio de Teón, su padre. A la muerte de éste, ella se convirtió en la maestra carismática y máxima autoridad intelectual de Alejandría. Sus pares la valoraban como científica y como filósofa. Los discípulos acudían de todas partes a su escuela, convertida ahora en un centro del saber, para recibir sus clases, las cuales tenían mucha fama. Ahí enseñaba a miembros de familias ilustres de la ciudad, a gobernantes imperiales y municipales, a extranjeros, eruditos, científicos, políticos y funcionarios, sin importar sus creencias religiosas ni sus militancias políticas. “Todos los hombres tenían gran admiración por ella debido a su extraordinaria dignidad y virtud”, reseñó Sócrates Escolástico.

Los alumnos de Hipatia siempre sentían la presencia de “su espíritu divino”, como lo relata Sinesio de Cirene. No sólo el alma de Hipatia era santa, todo su ser estaba santificado; incluso sus manos, que recibían las cartas de Sinesio, eran “sagradas”. Pero no se confunda el comentario, la distancia entre ambos fue siempre la misma: él discípulo, ella, maestra. En tanto que sucesora de Platón, disfrutaba de un carisma que le permitía enseñar a otros, y seguía su vocación devotamente, como si para ése fin estuviera en la Tierra. Al develar con gran celo a sus alumnos el sentido “sagrado” de la investigación filosófica, se la consideraba como una “guía auténtica para los misterios de la filosofía”, y despertaba el instinto filosófico de sus alumnos, extraía de ellos imágenes y sentimientos espirituales dirigidos hacia la realidad divina. Hipatia, como la “auténtica guía” que preside los misterios de la filosofía, ordenaba a sus discípulos que siguieran las enseñanzas de Platón y que por medio de un enérgico esfuerzo de la inteligencia y el corazón descubrieran en su fuero interno “el ojo enterrado dentro de nosotros”, como escribe Sinesio. Este “ojo intelectual”, este “hijo luminoso de la razón” escondido en lo más profundo de nosotros en espera de ser liberado, hace de cada individuo un portador del mundo trascendental, y lo capacita para romper

las cadenas de la materia. En este esfuerzo para descubrir los recursos naturales de la divinidad humana, Hipatia advertía probablemente a sus alumnos que prestasen atención a las palabras de Plotino en su lecho de muerte. Tal como Sinesio las cita, “Alza lo que hay de divino en tu interior hasta el primogénito divino” (Sinesio, Epístolas, 139). “Esa chispa escondida que ama ocultarse”, se convierte en una gran llama de conocimiento, con lo que así concluye el viaje del alma que Plotino denominaba *anagoge*, la ascensión hacia el cielo, hacia la divinidad. La meta del filosofar se ha alcanzado; el espíritu se halla en un estado de revelación, de contemplación, *theoria* (Epístola 140). Se trata, en efecto, del aspecto más importante de la vida humana: “Darse enteramente a las cosas superiores y por completo a la contemplación de la Realidad y del origen de las cosas mortales” (*Ibid.*). De ahora en adelante, esta vida verdadera estará siempre subordinada a la razón, a utilizar los instrumentos cognitivos para someterse al éxtasis que eleva a otra dimensión de la existencia y a la fusión directa con el Uno.

El espíritu, inclinado hacia la Luz, contempla la Belleza y la Bondad últimas, y no la belleza y la bondad artificiosas, efímeras, cambiantes, que el ser humano halla en el orden material de la existencia. Pero alcanzar esa elevación del espíritu, de acuerdo con las enseñanzas de Platón, depende del desarrollo de las potencias cognitivas a lo largo de la vida. La meta y el sentido de la filosofía, entendida como “la más inefable de las cosas inefables”, se hace inteligible para los discípulos de Hipatia iniciados en sus ritos. Lo que hasta entonces ha sido para ellos indescriptible, ahora queda desentrañado. Las enseñanzas de Hipatia sobre la búsqueda del “misterio del ser” no caen en saco roto para algunos de ellos. La sabiduría que ordena al ser humano que reconozca y entienda sólo las cosas divinas y lo empuja a buscar lo indefinible y misterioso, también lo eleva por encima de la perfección corporal tan buscada por los griegos. La elevación del ser humano más allá de su cuerpo significa que en su búsqueda de la divinidad queda libre de afectos y de apegos, vive en armonía consigo mismo, indiferente a las cosas del mundo. En consecuencia, el camino por el que Hipatia conducía a sus discípulos hacia lo que ellos llaman “la unión con lo divino” requería un gran esfuerzo cognitivo y también la perfección ética. La sabiduría, por sí sola, no es suficiente para alcanzar esta visión interior; tenían que ser perfectos. Para lo cual, Hipatia no dudó en aplicar rigurosas medidas pedagógicas a los alumnos que no querían entender esta verdad básica.

Para ilustrar esto, uno de sus biógrafos, Damascio, nos relata el siguiente pasaje de la vida de Hipatia. Según este filósofo, uno de los alumnos se enamoró de ella. Incapaz de controlar sus sentimientos, el joven le confesó su amor. Ella resolvió castigarlo y encontró un método ejemplar para alejarlo: como símbolo de la materialidad del cuerpo femenino le mostró su paño higiénico, haciéndole el siguiente reproche: “Esto es lo que amas en realidad, y no la belleza por sí misma”. Su acto no tuvo más sentido que el discípulo entendiera el significado más profundo de Eros para redirigirlo hacia la divinidad. Sin embargo, sin prueba alguna, Damascio da por sentado que ese rechazo a la propuesta del discípulo se debe a la virginidad de



La Escuela de Atenas. Rafael Sanzio. 1510-1511

Hipatia y a su negativa a cualquier tipo de relación sexual, juicio totalmente falso. La interpretación de este incidente no requiere de un razonamiento complicado.

Mientras los discípulos de Hipatia examinaban las cuestiones filosóficas, estudiaban matemáticas, astronomía y gramática, leían obras sobre temas religiosos y realizaban experimentos con los astrolabios, en Alejandría estaban ocurriendo diversos acontecimientos de capital importancia, que avanzaban a gran velocidad, en relación con las actividades del patriarca Teófilo y su sobrino Cirilo, que alterarían para siempre la vida social, cultural y política de esa ciudad.

Teófilo, desde el comienzo de su pontificado como obispo, en 385, había llevado a cabo una campaña en Alejandría contra los seguidores de los dioses helénicos, que luego serían llamados paganos por la Iglesia de Roma, eliminando por distintos métodos los cultos religiosos existentes. Recuérdese que en Alejandría convivían en armonía, cristianos, judíos, helénicos (paganos) y muchos otros cultos religiosos. La actitud de Teófilo desembocó en disturbios porque la Iglesia se apropió de los templos de los dioses helénicos, entre los que destacó el Serapeo, el templo al dios Serapis. La magnífica estatua de Serapis, obra de Briaxis, saltó hecha añicos por el hacha de un soldado. La acción contra este santuario ocurrió en 391 o 392, después de que el emperador Teodosio I decretara la prohibición de las prácticas paganas.

Según diversas fuentes, las principales personalidades intelectuales de Alejandría ayudaron a los helénicos en su defensa de los objetos sagrados y de los símbolos de culto. Así, el filósofo neoplatónico Olimpo asumió el liderazgo de la resistencia en el Serapeo, y otros profesores de la Biblioteca también tomaron parte. Dado el apoyo de la élite intelectual de Alejandría a los defensores de la antigua fe, surge de inmediato la pregunta de qué actitud adoptó Hipatia en este conflicto. Al parecer, guardó silencio y no se le vio en el escenario de las batallas entre cristianos y helénicos, manteniendo su actividad con sus discípulos, a pesar de sus afinidades con algunos de ellos, sugeridas por su lenguaje filosófico común. Según las fuentes,

Hipatia no se sintió atraída por el politeísmo helénico, ni por los cultos locales, ni por el cristianismo.

Bajo estas circunstancias sociales, políticas y religiosas transcurrió la vida de Hipatia hasta el 15 de octubre de 412, día en que muere Teófilo, apodado el “faraón de la Iglesia” por su conducta violenta y autoritaria, como la de su sucesor Cirilo. Pero Hipatia y sus discípulos, a pesar de su espiritualidad no cristiana, disfrutaban de plena independencia intelectual y de la tolerancia de las autoridades eclesiásticas. Sin embargo, estas circunstancias empezaron a cambiar con la elección de Cirilo, sobrino de Teófilo, para ocupar el trono de san Marcos. Más pronto que tarde quedaría claro que Hipatia y Cirilo no llegarían nunca a ningún acuerdo. Actualmente, la Iglesia de Roma tiene gran respeto por Cirilo como teólogo y defensor de dogmas, incluso lo hizo santo, a pesar de que los historiadores cristianos lo han descrito como un hombre impetuoso, ansioso de poder e implacable en la consecución de una mayor autoridad, actitudes que lo llevaron a despertar una fuerte oposición en Egipto. Es más, la elección misma de Cirilo como sucesor de Teófilo provocó malestar en Alejandría y disputas entre los dos partidos eclesiásticos existentes, surgidos a raíz de la muerte del obispo Teófilo. El comandante militar en jefe, representante de la autoridad imperial, era partidario de Cirilo. Con este apoyo, fue entronizado obispo de Alejandría dos días después de la muerte de Teófilo, el 17 de octubre de 412. El nuevo obispo comenzó su reinado con una batalla por la pureza de la fe, que se concretó en una campaña contra los grupos que sostenían creencias heterodoxas; expulsó a los novacianos de la ciudad, cerró sus iglesias, confiscó sus objetos litúrgicos y retiró todos los derechos a su obispo. Había motivos de lucro al cerrar las iglesias de los contrarios, no razones de fe, es decir, avaricia. Al mismo tiempo, la emprendió contra los judíos.

El odio entre judíos y cristianos era profundo y extendido, y el poder civil era contrario a los obispos, que se extralimitaban en sus atribuciones, exclusivamente religiosas. Ambos grupos llegaron al máximo que es posible llegar en la violencia religiosa: la destrucción de lugares de culto, al asesinato por parte de los judíos, al destierro de los mismos y el robo y asesinato por parte

de los cristianos. El poder civil intervenía constantemente en la violencia religiosa, intentando frenarla.

La violencia religiosa de Cirilo no se orientó exclusivamente contra los judíos, sino que la extendió a otros cristianos que no eran partidarios de su nombramiento. Con este propósito, llamó a los monjes del desierto de Nitria, quienes, con celo ardiente, dejaron sus monasterios y se fueron a Alejandría para combatir a favor del patriarca. Un día vieron a Orestes, que circulaba en su carro, y se abalanzaron sobre él, llamándole sacrificador de los ídolos y pagano. El prefecto, sospechando que todo esto era una maquinación de Cirilo, gritaba que era cristiano y que estaba bautizado. Los monjes no hicieron caso de la afirmación de Orestes, en la trifulca uno de ellos, de nombre Ammonios, arrojó una piedra a la cabeza del funcionario, quien quedó ensangrentado. Una multitud de alejandrinos acudieron en defensa del prefecto y lograron aprehender a Ammonios y le condujeron con Orestes quien, conforme a las leyes, le torturó y lo mató. Inmediatamente hizo del conocimiento del emperador lo sucedido; por su parte, Cirilo dio una información contraria, que era falsa. Este suceso es esclarecedor de hasta qué punto Cirilo llevaba la violencia religiosa entre los cristianos. Las provocaciones de los monjes fueron causa de graves combates religiosos, toma de templos helénicos, sinagogas y centros cristianos opuestos a Cirilo, y ocasionaron grandes daños en la ciudad. A partir de este momento, los acontecimientos se precipitaron.

La ruptura entre el prefecto y el obispo era total. Orestes, enfurecido por las medidas de Cirilo, informó al emperador sobre los incidentes, y Cirilo también lo hizo. Sin embargo, Orestes mantuvo una postura inflexible ante las actividades del patriarca, misma que contó con el respaldo de personas influyentes, miembros de la clase dirigente de la ciudad. Una de las personas que apoyaron a Orestes fue Hipatia.

El apoyo de Hipatia a Orestes es comentado por Sócrates Escolástico en una frase breve, pero expresiva. Dice que hombres “de la población cristiana” empezaron a difundir el rumor calumnioso de que Hipatia era “el león en el camino” para la reconciliación entre el obispo y el prefecto. Ajena a los credos religiosos y a las Iglesias, Hipatia siempre se relacionó libremente con funcionarios municipales, tanto cuando se encontraba con ellos por las calles de la ciudad como cuando se reunía con ellos en su casa. Su independencia política, que manifestaba abiertamente, era respetada. La gente sabía que su sabiduría, erudición y autoridad moral eran guía para los gobernantes, quienes buscaban su consejo y orientación para resolver los problemas de la administración de la ciudad. Estas cualidades personales e intelectuales de Hipatia potenciaban su influencia política cuando modificaba su función primaria de “filósofa observadora” para participar más activamente en asuntos de la ciudad. Así, con su apoyo, en los años 414-415 Orestes pudo formar algo parecido a un partido político moderno, quizá —sugiere Sócrates□ con la ayuda también de algunos dirigentes de la comunidad judía, ya que aquél apoyaba la resistencia de los judíos contra el patriarca. Se puede concluir, en consecuencia, que Hipatia

alentó a Orestes a defender a los judíos, a los que consideraba un grupo notable por su contribución económica y cultural a la vida de la ciudad. La alianza de Hipatia con la facción de Orestes pudo haber exacerbado el temor y promovido la consolidación del partido clerical de Cirilo.

Al patriarca las cosas parecían no irle bien. Existían razones para estar preocupado. Cirilo y sus partidarios se percataron de que Hipatia tenía influencia más allá de Alejandría. No sólo sus discípulos pertenecían a la aristocracia por nacimiento, sino que, además, unos ocupaban puestos destacados al servicio del imperio y otros de la Iglesia. La influencia de Hipatia se extendía, por tanto, hasta Constantinopla, Siria y Cirene. Su amistad con funcionarios imperiales y jerarcas de la Iglesia, así como su influencia sobre ellos, tuvo, sin duda, que producir preocupación entre los seguidores del obispo. Cirilo no podía soñar siquiera con un reconocimiento parecido; era una persona rechazada desde el momento mismo de su investidura episcopal. Consciente de su debilidad, temía perder en su forcejeo con Orestes, aunque sabía que contaba con el apoyo del clero, de los monjes, de algunos miembros de la élite intelectual, como Hierax, y de los bárbaros que le ayudaron a destruir las casas de los judíos. Los aliados de Cirilo encontraron la manera de explotar el desinterés de Hipatia por el pueblo corriente: idearon un plan de propaganda negativa entre el populacho urbano. La presentaban como bruja y le achacaban el peor tipo de brujería, la magia negra, que traía consigo el castigo más severo no sólo en el sistema legal del imperio cristiano, sino en la tradición de las Doce Tablas, también conocidas como la Ley de igualdad romana, cuyo texto contenía las normas para regular la convivencia del pueblo romano. Los rumores sobre la práctica de la magia negra siempre han provocado un miedo irresistible entre la gente ordinaria, que, en consecuencia, siempre está dispuesta a actuar de manera violenta y despiadada contra los brujos, sean o no. Ahí están las cientos de hogueras de la Inquisición, donde quemaron a miles de mujeres acusadas de hechicería. Para corroborar la información sobre las prácticas prohibidas de Hipatia, baste con señalar el interés de su padre, Teón, por la astrología y la magia, sus escritos sobre la interpretación de los sueños y las visitas a las casas de los astrólogos alejandrinos.

Con apoyo en esa manipulación hicieron de Orestes su primera víctima: como consecuencia de sus encantamientos el prefecto dejó de ir a misa, lo que dio inicio a una activa campaña de supuesta “ateización” de creyentes. De acuerdo con esos propagandistas, Orestes los animaba a visitar a Hipatia y “él mismo recibe a los no creyentes en su casa”. También esos promotores presentaban a Hierax, a quien los judíos señalaron como delator y espía de Cirilo, como “un cristiano poseedor de comprensión e inteligencia, que se burla de los paganos pero es devoto seguidor del ilustre Padre, el patriarca, y obedece sus consejos y advertencias”. Orestes, que había sentenciado a Hierax a la tortura y condenado a muerte, estaba mal dispuesto contra los “hijos de la Iglesia”. Por eso le habían dado su apoyo los judíos, quienes, con la seguridad de su ayuda y asistencia, se niegan a escuchar al patriarca cuando les pide que renuncien a su hostilidad contra los cristianos, a quienes atacan y asesinan.

Para vengarse, los cristianos saqueaban las sinagogas, las convertían en iglesias y expulsaron a los judíos de la ciudad. Ante una acción tan resuelta, al prefecto le resultaba imposible proteger a los judíos.

Una vez resuelto el problema de Orestes, los partidarios de Cirilo orientan su ominoso rumor sobre las brujerías de Hipatia y su efecto decisivo sobre la ciudad, lo que produce los resultados que sus instigadores desean. De entre los partidarios de Cirilo surgió un grupo que decide matar a la filósofa. A la cabeza de los que idearon el espantoso plan se hallaba un tal Pedro, lector en la iglesia, hombre de pocas luces. Dirigida por este clérigo, una turba ejecuta el crimen un día de marzo de 415, en el décimo consulado de Honorio y el sexto de Teodosio II, durante la cuaresma. Según relata el historiador arriano Filostorgio, hombres de espíritu exaltado, seguidores de la Fórmula Consustancial, encabezados por Pedro, el lector, corrieron con prisa, empujados por un fanatismo salvaje, la asaltaron cuando volvía a su casa, la arrancaron de su carro y la llevaron al templo del *Kasairion*, el Cesareum, donde le arrancaron la ropa y la asesinaron con trozos de cerámica, con los que le arrancaron la carne de su cuerpo. Después de descuartizar sus miembros, se llevaron los pedazos arrastrándolos por las calles hasta el *Kinaron* (Cinareo) donde los quemaron. Para Sócrates, este hecho constituyó un gran oprobio que cayó no sólo sobre Cirilo, sino también sobre toda la Iglesia de Alejandría. “Seguramente nada puede estar más lejos del espíritu de la cristiandad que el consentimiento de masacres, luchas y asuntos de esta clase”.

El conflicto entre Orestes y Cirilo concluyó de una forma utilizada desde tiempo inmemorial: el asesinato político. El problema, que al patriarca y a sus colaboradores parecía insoluble, se solucionó con un acto criminal. Mataron a una persona que era el pilar de la oposición contra Cirilo, alguien que gracias a su autoridad y relaciones políticas proporcionaba apoyo al representante de la autoridad estatal en Alejandría, en pugna con Cirilo.

El asesinato de Hipatia estuvo bien preparado. Después del atroz suceso Orestes fue destituido o, quizá, pidió que se le retirara del cargo. No se volvió a saber de él. Los filósofos paganos continuaron dominando la escuela de Alejandría hasta los siglos VI y VII, aunque con más control por parte del Imperio. Cirilo logró en Alejandría la posición deseada. Los funcionarios imperiales empezaron a tomarse su papel en serio, ya que no se volvió a saber de ningún conflicto durante el resto del pontificado de Cirilo. Hay que apuntar que en esta lucha de Cirilo por hacerse del obispado había un fuerte componente material. En la pugna con Timoteo se discutía la posesión de las inmensas riquezas de la diócesis de Alejandría. Esos bienes habían hecho factible una política de grandes construcciones por parte de Teófilo, para asombro de sus contemporáneos y escándalo de sus enemigos. Por su parte, Cirilo logró alzarse con el obispado de la ciudad aprovechándose sin duda alguna del recuerdo de Teófilo, de la antipatía de los alejandrinos hacia Constantinopla y de una tendencia a hacer los obispos heredarios en el seno de una misma familia.

Las Hipatias de hoy

Dieciséis largos siglos, casi, han pasado desde este horrendo crimen. Desde entonces mucho hemos avanzado: nos hemos llenado de un sinnúmero de artilugios técnicos que nos facilitan la vida, pero no hemos evolucionado casi nada en el reconocimiento de los derechos de las mujeres y su igualdad con los hombres. Seguimos siendo una sociedad dominada por el machismo. Las mujeres continúan siendo ignoradas y, cuando se les reconoce, es en muchos casos para prostituir las, golpearlas, vejarlas y asesinarlas. Baste para ello ver lo que ha ocurrido con las cientos de mujeres asesinadas en Ciudad Juárez y en otras ciudades de México, así como en otras partes del mundo.

Hipatia defendió la verdad frente a los fundamentalismos que intentaban ocultarla o tergiversarla en función de los intereses de determinados grupos de poder. Siempre que alguien, mujer u hombre, busca y dice la verdad que quieren esconder algunos poderosos, ha sido perseguido, torturado y muerto, o ha tenido que exiliarse, dejando atrás todo lo que tenía, familia, amigos, etcétera. La violencia contra Hipatia es representativa de la violencia que actualmente se ejerce contra las mujeres, violando sus derechos humanos, en todas las sociedades del mundo, independientemente de cuál sea su sistema político o económico. La violencia contra las mujeres no sabe de culturas —cómo podría saberlo, si es la negación absoluta de la cultura— ni de clases sociales ni de etnias. Rescatar la figura de Hipatia es un intento por mostrar la persecución que están sufriendo las mujeres de hoy por el oscurantismo, el dogmatismo y el fanatismo de grupos religiosos, como los talibán, en el Medio Oriente, y ciertos sectores de la Iglesia de Roma y representantes de otras corrientes del cristianismo fundamentalista, en Occidente. También se trata de develar la persecución que sufren por haberse atrevido a decir e investigar la verdad sobre la violencia de género en centros educativos, en centros laborales de todo tipo y en medios de comunicación, sean éstos escritos o electrónicos, como el internet; y la ley de silencio que protege a los acosadores y ataca a quienes se enfrentan a ellos.

Si bien es cierto que es responsabilidad de los Estados prevenir, investigar y sancionar las violaciones de derechos humanos cometidas por agentes estatales y por particulares, así como reparar a las víctimas, también es cierto que es responsabilidad de hombres y mujeres hacerse conscientes de la necesidad de solidarizarse y luchar juntos, hombro con hombro y mano con mano por la igualdad de géneros y por el establecimiento de una sociedad realmente democrática, donde impere la verdad, la libertad y la justicia. Cuando hombres y mujeres transformen el amor por el poder en el poder del amor, la Humanidad habrá empezado. ▣

Ángel Serrano (Ciudad de México, 1944). Estudió Economía y Filosofía en la UNAM. Durante años fue analista-redactor de la revista *Comercio Exterior*, del Banco Nacional de Comercio Exterior, S.A. de C.V., donde se especializó en temas de América Latina. Posteriormente, recibió las tres iniciaciones a Reiki, alcanzando la Maestría en 1999. En la actualidad, se dedica a dar terapia de imposición de manos y a la contemplación meditativa de este sendero espiritual, y participa con frecuencia en cursos y charlas de divulgación.